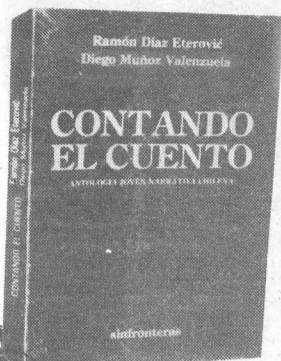


Recordar con ira y vislumbrar con esperanza

Estas notas sobre algo de la nueva narrativa chilena y su paraíso perdido, según apunta el autor de este artículo, pretenden rescatar ciertas realidades de tiempo ha. Nunca podrá determinarse con certeza qué hubiese acontecido, con los jóvenes escritores que se iniciaban en el oficio a comienzo de los setenta. Otra fue la historia, más dura, por cierto.



POLI DELANO

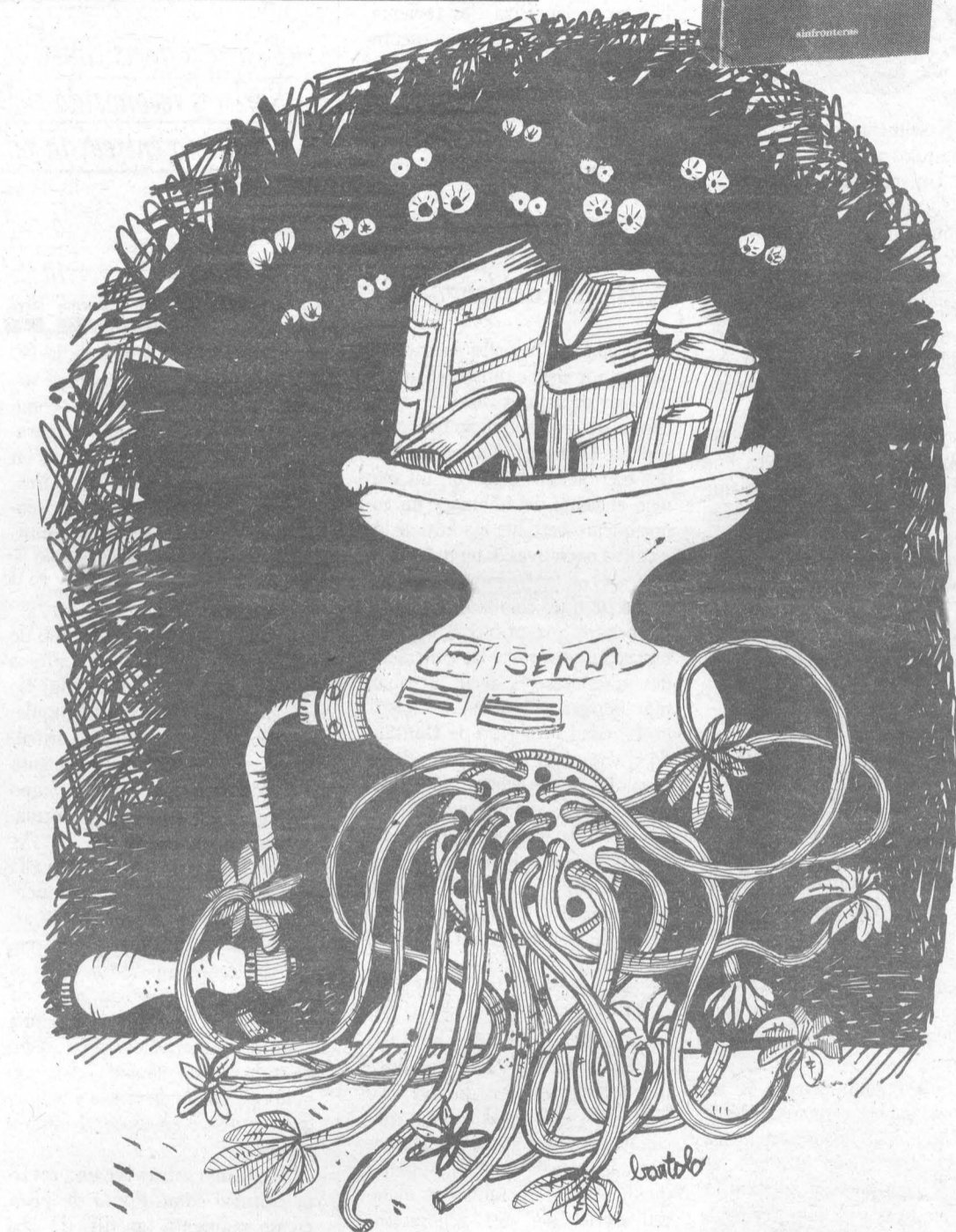
Los jóvenes escritores de los 80, o *Generación emergente*, o los *marginales*, como se les ha llamado, contaron —al igual que sus antecesores inmediatos, los *novísimos*, y los no tan inmediatos del 50— con una antología-catapulta que atrapó y lanzó a cerca de una veintena de ellos que andaban sueltos o que apenas se habían asomado por algunas revistas esporádicas o por antologías de cuentistas chilenos como la que hizo Enrique Lafourcade o la titulada **Encuentro**, que editó Bruguera en 1984.

Se trata de **Contando el cuento** (Sin Fronteras, 1986), que realizaron Diego Muñoz V. y Ramón Díaz Eterovic y que junta a un número de narradores que ya habían debutado con cuentos y novelas, como Pía Barros, Antonio Ostornol, Ana María del Río, con otro grupo que se había mantenido en un relativo anonimato, pero que a partir de esta publicación, fue entregando sólidas obras individuales (Jorge Calvo, Roberto Rivera, Luis Tamayo).

La edad promedio de estos autores es aproximadamente 34 años, lo que indica que la mayor parte de ellos tenía menos de 20 a la fecha del golpe militar que terminó con la democracia en Chile. Dice Teresa Calderón que “eran adolescentes en los umbrales de los años 70, con la vida entera para leer a los autores del *boom* latinoamericano. Por el valor de una cajetilla de cigarrillos podían comprar uno de los 50 mil ejemplares que imprimía Editora Nacional Quimantú cada quince días. Oían la música de los Beatles y Violeta Parra, pasando por Serrat y Joan Baez; se conmovían con los festivales de cine, las exposiciones, las conferencias, los mítines culturales. Poco después, las cárceles, el exilio, la censura, la persecución. Ahí quedaron la adolescencia y los sueños para los hijos de este tiempo”.

Un marco de referencia

¿Qué habían alcanzado a ver los jóvenes de esta generación? Quizás las tan mentadas colas en almacenes y supermercados por la escasez de ciertos productos, quizás el desorden que intentaron siempre imponer los mismos que generaron la dictadura. Pero también habían visto otras cosas. En un documento emitido en 1974 por



el Centro de Defensa de la Cultura Chilena, que se formó en París auspiciado por algunas de las más grandes figuras del pensamiento y el arte mundiales y capitaneado por Julio Cortázar, leemos que en Chile antes de la dictadura estaba floreciendo la cultura, que “las murallas fueron pintadas con enormes frescos, la nueva canción se multiplicó en las gargantas y en las calles, se editaron millones de libros, nacieron afiches, películas, obras de teatro, bailes; se estimuló la artesanía y la poesía, se explotaron nuevos estilos literarios”. Algo de esto habían visto.

En este período se produjo una actividad editorial de las más poderosas de América Latina. Quimantú logró abaratar sustancialmente el libro, llevarlo en grandes tirajes a todos los rincones de Chile, ha-

cerlo competir con las revistas y la subliteratura de kiosco, La colección *Minilibros*, por ejemplo, combinando a los grandes clásicos de la literatura universal con autores jóvenes chilenos y de otros países, tiraba ediciones hasta de 80 mil ejemplares cada dos semanas, y abaratarse de este modo los costos de producción, el joven estudiante o el trabajador de recursos modestos que daban capacitados para adquirir los cuentos de Hemingway o las novelas de Chéjov, Traven, Jack London, por la misma cantidad que les costaba una revistilla mediocre.

Por primera vez algunos escritores chilenos vivieron la experiencia de ser editados tan masivamente, esfrentándose también al desafío de un público nuevo que tenía ansias de saber y sed de lectura,

como lo demuestra el hecho de que estas ediciones se agotaban muy rápido.

Además de publicar novela y poesía, Quimantú creó colecciones de divulgación y análisis de los problemas más candentes que preocupaban al mundo, de los clásicos del pensamiento social, de biografías de los próceres del continente, de conocimiento de diversos aspectos de la vida chilena. Desde el primer libro lanzado por Quimantú, la novela **La sangre y la esperanza**, de Nicomedes Guzmán, hasta los finales de agosto de 1973, la editorial sobrepasó los doce millones de ejemplares, centrados en 247 títulos. Para un país de apenas diez millones de habitantes, la cifra significa un verdadero récord. Y no hay que olvidar el aporte activo de otras casas editoras privadas.